

GOETHE, Johann Wolfgang von: *Fausto*. Colección Austral. Espasa Calpe: Madrid 1998. Edición y traducción: Miguel Salmerón. 430 páginas.

Allá donde reinan los fantasmas

Quintaesencia del alma humana fluctuando entre el ideal inalcanzable y una realidad siempre insatisfactoria, esta obra, además de ser una especie de catálogo del mundo entonces conocido, fue condenada por su propio autor, según expresó por carta a su amigo Zelter, a seguir siendo enigmática y, por tanto, a suscitar grandes quebraderos de cabeza. En otra carta, esta vez a su secretario Eckermann, escribió: «El *Fausto* es algo inconmensurable, y todos los intentos por hacerlo más comprensible resultan estériles.» Y en otra: «Este *Fausto* me trae loco. No hago más que darle vueltas en la mollera y cada vez se me ocurre una idea nueva.» Siguiendo por esa vía, se ha dicho que el *Fausto*, especialmente la segunda parte, es una obra para minorías muy selectas, que para el gran público es y seguirá siendo siempre un libro de siete sellos, opinión que subsiste hoy día incluso entre los germanistas. Como es natural, una obra semejante, que Goethe compaginó además con otros muchos proyectos, tampoco pudo consumarse de un tirón: tardó más de sesenta años en escribirla.

La traducción, que no es sino un arte aproximativo, se encuentra ante esta obra con esas mismas dificultades. Un arte acerca del cual el propio Goethe afirmó: «a una transformación debe suceder siempre otra», añadiendo que es precisamente el enigma lo que sirve de incentivo al hombre y lo que le mueve a esforzarse por aclararlo. En este caso, a traducirlo, a aproximarse un poco más al texto original, cuantas veces sea necesario. Sin embargo, el lector se preguntará qué es lo que verdaderamente justifica una nueva traducción de esta obra clásica, vertida ya al castellano en nuestro país en al menos sesenta ocasiones.

Pues bien, en esta nueva edición de Austral, los dos objetivos que su traductor se marcó desde el principio, según expone en su prólogo, se han logrado plenamente. Ofrecer, por un lado, una versión completa del texto de Goethe (la anterior de Austral

sólo contenía la primera parte y la traducción, de Pelayo Briz, era de 1864) y, por otro, hacerlo más accesible al gran público. Para ello, ha preferido aproximarse al espíritu, a la esencia de la obra y del autor, que conservar una rima que, al verterla al castellano, suele producir efectos más bien ridículos, siguiendo así la recomendación del propio Goethe (*Poesía y verdad*, 1811-1833) de que lo más conveniente y, por tanto, más provechoso a la hora de hacer un texto popular, es la traducción en prosa. Tan sólo se ha dado tratamiento métrico a aquellas escenas que, de algún modo, lo exigían: los cantos de la taberna de Auerbach, la canción del rey de Thule o los himnos celestiales del quinto acto de la segunda parte.

Así, se ha alcanzado también una de las metas apuntadas en el «Preludio en el teatro», que sirve para abrir el libro. En él, como entre bastidores, charlan el Director del teatro, el Poeta y un personaje cómico. Y si bien el Poeta hace una elitista declaración de principios, el Director no deja por ello de exponer sus propias intenciones: «agradar sobremanera al pueblo llano», dice. «Me gustaría ver al pueblo llano acercarse en torrente y agolparse con insistente afán», confiesa, «llegar a empellones» y «casi romperse el cuello por su entrada (se refiere a la del teatro), como se lo rompen por el pan en tiempos de escasez». Esta traducción, dejando a un lado los melindres del Poeta, al que le espanta el aspecto de la abigarrada multitud, esa multitud de extraños cuyo aplauso le provoca terror, merecería que así fuera.

No obstante, como la fidelidad al original obliga, la segunda parte sigue siendo de difícil comprensión, no sólo para el lector cómodo y perezoso, sino incluso para el erudito, más constante y mejor entrenado. Todos ellos tendrán que hacer un esfuerzo para llegar al final, esfuerzo que a partir de ahora resultará bastante menos costoso gracias a esta edición. Es de agradecer además la doble formación de este traductor, tanto en lo que respecta a la cultura alemana como en el campo de la filosofía, pues, como dice Mefistófeles en el acto II de la segunda parte: «allá donde reinan los fantasmas es bienvenido el filósofo.»

Berta Vías Mahou